1338

EL BORRACHO

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIJINAL DE

FRANCISCO F. FERNANDEZ

3ª EDICION

PAYSANDU, NOVIEMBRE DE 1876

22

Establecimiento tipográfico de «El Proscripto»

EL BORRACHO

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIJINAL DE

FRANCISCO F. FERNANDEZ

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS REPERTORIO MADRID

3ª EDICION

PAYSANDU, NOVIEMBRE DE 1876

Establecimiento tipográfico de «El Proscripto»

Es propiedad del autor

PERSONAJES

Bernardo Lacroix	50	años	1
Andrés, *su hijo*	25	"	2
Estevan Montalban	60	"	3
Magdalena, *su hija*	18	"	4
Marqués de Saint-Maurice	40	"	5
Mauvai, *criado de Don Estevan*			6
Jacobo *id id id*			7
Padre Ambrosio (*personaje mudo*)			
Un notario			
Caballeros y Damas			

La escena pasa en España por el año de 1800

R. ARGENTINA	R. ORIENTAL
1 Vicente R. Jordan	Juan Reig.
2 Joaquin Aragon	Joaquin Aragon
3 José Morel	Ignacio Talamantes
4 Liboria Martinez	Enriqueta Quintana
5 Jaime Jermá	Antonio G. Ecija
6 José Cazzulo	Enrique Ocampo
7 Enrique Muñoz	Miguel Carbajo

611769

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elborrachodramae17522fern

ACTO PRIMERO

Gabinete de lectura en casa de Don Estevan, rico, alegante y sencillo, con una gran mampara al fondo, comunicando por una escalinata de mármol con un extenso y frondoso jardin adornado de estátuas y alegorias mitológicas, descollando la de Apolo. En el gabinete un escritorio de mujer, con jarrones de flores, viéndose en el centro reclinado en un libro de rica encuadernacion en 4.° menor, un retrato en miniatura de Andrés. Libros, cuadros, esferas, mapas, etc.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA *aparece escribiendo en un cuadernito de tapas de seda color rosa.* DON ESTEVAN, *desde la mampara, como si viniera del jardin, medio oculto observa á Magdalena, sonriendo con frescura.*

MAGD.—(*leyendo lo que acaba de escribir*)—Capítulo tercero.... y último: la boda. Sumario: Andrés lleva al cielo á Magdalena; no, me equivoqué; enmendemos: en lugar de Andrés: Rodolfo; en lugar de Magdalena: María; borremos....

ESTEV.—(*entrando*)—Perdone la bella y discreta novelista.

MAGD.—(*turbada*)—Padre....

ESTEV.—No borre usted.... Ese Rodolfo de su romance

¿no es el jóven literato Andrés Lacroix, futuro esposo de usted?.... con franqueza, que no es confesar ninguna falta.

MAGD.—(*ruborizada*)—Sí, señor.

ESTEV.—Y esa María ¿es otra que usted, señorita Magdalena.

MAGD.—Sí, padre.

ESTEV.—Pues entonces! ¿á qué ejecutar esa enmienda en su romance? Pero.... ¿qué es eso, Magdalena, de: Capítulo tercero y último? qué! ¿no tiene mas capítulos el romance?

MAGD.—No, padre mio.

ESTEV.—¿Y cómo en tres capítulos que no llenan una cuartilla de papel, habeis podido abarcar la accion de todo un poema?.... Poema de formas mas miscroscópicas y originales!.... el sumario del capítulo es todo el capítulo.... el resto, puntos suspensivos, que es el velo misterioso de la imaginacion, el libro intraducible de los blancos sueños! ¡Oh! no te creas; yo tambien me he arrullado con tu madre en ese blando nido de plumas y de flores en que acabo de sorprenderte, mi dulce avecilla!.... Me conformo, pues, con adivinar tu romance, pero.... te lo ruego Magdalena, hija mia; léeme esos epígrafes que tantas veces yo.... leé Magdalena.

MAGD.—(*leyendo turbada*)—Capítulo primero: Andrés, no, no, padre; quise decir Rodolfo.... ¿no es verdad que eso quise decir?

ESTEA.—Uhn.... bueno.... pero, desde que no ha infringido nunca la ley de la templanza, podeis nombrarle sin rubor: continua.

MAGD.—(*leyendo y deteniéndose*)—Capítulo primero: Andrés....

ESTEV.—Y Magdalena.

MAGD.—Andrès y Magdalena se ven por primera vez.

ESTEV.—Sigue, litearatuela, sigue.

MAGD.—Capítulo segundo: se juran amor.

ESTEB.—Sublíme canto! Vale por todos los libros de Tasso, de Virgilio y Alarcon. La mujer que vive sin amor es rechazada por Dios del Paraiso, ¿Y el tercer capítulo?

MAGD.—(*turbada*)—¿El tercero, padre mio?.... Yo habia escrito....

ESTEB.—La boda ¿eh? y yo.... ¿estamos?.... debo concluir.... entiendo. Escribe, entónces, como final de tu bello cuanto lacónico romance: el 24 de Octubre del señor 1800, á las 10 de la noche y ante una distinguida concurrencia, en su mayor parte de hombres de letras y de artistas, se firmaron los contratos....

MAGD.—(*con infinita alegría ap*) ¡Hoy!

ESTEB.—Y á las doce de la noche siguiente se velaron en la capilla de familia.

MAGD.—(*arrebatada y abrazándole*)—¡Padre mio! ¡padre mio!

ESTEB.—(*besandola en la frente*)—Queriendo sorprenderte lo he arreglado todo con ese honrado tejedor, D. Bernardo Lacroix, padre de Andrés. Y, sabes que este chico tiene génio, y mucho?

MAGD.—(*con infantil candor*)—Padre mio! yo le amo por su talento, yo le amo por su corazon.

ESTEB.—Y á fé, que ambos os pareceis.... hasta en lo romanticos: Y si no me engaño, allí le teneis, á manera de nùmen inspirador.

MAGD.—(*presentándole el retrato y el libro, que tomo de su escritorio*)—El pincel es delicado.

ESTEV.—(*examinándolo*)—Buen retrato. ¡Ola! y no es chico el pedestal: « La Vírgen de los Bosques », la preciosa novela que tanto furor está causando en Madrid.

MAGD.—Es que en sus páginas de albores creo ver volando el alma y la imaginacion de Andrés.

ESTEB.—Romancesca vision de enamorada. Mira, si esta obra fuera de Andrés, yo diria.... vaya! si no puede ser su autor! locura! A todo esto, mi buena amiga: entiendo que las alegrías que rebosan en nuestro espíritu no defraudarán mis usos y placeres.

MAGD.—(*sonriendo*)—Seguramente! cuanto os plazca, padre mio.

ESTEB.—(*Mientras tanto y sentandose ap.*) ¡Como sonrie el angel cuando va á subir al cielo! (*Magdalena, deja el libro y retrato en su sitio, toma un librote de un armario.*)

MAGD.—(*tomando asiento á los piés de su padre en un esbel y ojeando el libro*) ¿Y qué no os aburre esta materia, padre.

ESTEB.—Lo que enseña, nunca aburre á los ancianos. Cuando tu madre bordaba de luz mis dias, y que tú ùnicamente has podido sucedarla en mi corazon, no se fastidiaba jamàs de leerme á Séneca y á Plutarco.

MAGD.—(*ap*—Ay! no te conocí, madre del alma!) (*enjuga una lágrima y lée*)—La borachez es un vicio feo y....

EST.—Espera. A propósito de Séneca y Plutarco. La embriaguez, dice este ilustre varon, habita en compañia de la locura y del furor. No es menos esplícito el rígido filósofo respecto á tan vergonzo-

so vicio, pues califica á la borrachez: locura voluntaria. Y hasta los indios en su palabra *ramjan* designan al borracho como un rabioso. Si el grande Alejandro no hubiese manchado sus glorias y abandonado de la virtud de la templanza, Napoleon, que con Ciro y César la poseyeron en alto grado, no diría de aquel: que habia principiado con el alma de Trajano y acabado con el corazon de Neron y costumbres de Heleogábalo: ¡Que vicio tan horrible es la borrachez, Magdalena!

MAGD.—(*ap.*—Siempre lo mismo.)

ESTV.—Ya te he referido muchas veces la célebre história de aquel Juan Servin de Marsella, insigne borrachon, ni te es desconocida, por desgracia, la muerte de martirio que recibió tu hermana por las borracheras de su marido el Marqués de Saint-Maurice, hermano de este marqués de Sanit-Maurice que nos visita.

MAGD—(*ap.*—Con disgusto mio.)

ESTV.—Así es que yo no quiero yerno ni suegro con títulos de nobleza vinosos, y he aceptado para tí, que eres mi única alegria, un suegro tejedor y un marido pichon de literato! Ah! pero si alguno de ellos fuera borra....

MAGD.—Padre!....

ESTEV.—No, no.... ya sé que son unos mahometanos. Y ten entendido, para que así se lo aconsejes á Andrés cuando sea tu esposo, que á ninguno como á un hombre de letras le conviene la templanza, pues todos los moralistas elogian esta virtud como madre de la sabiduría. ¡Ay, Magdalena! quiérote ver antes en el ataud que con un suegro ó marido borracho.—Y si!....

MAGD.—Padre !....
ESTEV.—No, no, es una suposicion.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y EL CRIADO MAUVAI

MAUV.—(*anunciando desde la mampara*)—El señor Don Bernardo Lacroix y su hijo don Andrés.
MAGD.—(*ap.* Mi Andrés !)
MAUV.—Y el Exelentísimo señor marqués de Saint-Maurice.
MAGD.—(*con repugnancia—ap.*—El marqués!
ESTV —(*ap.*—No hacia falta. Cuando le veo me acuerdo del borrachon de su hermano que llevò á mi hija Gertrudis á la sepultura). Que entre (*Mauvai se va*) (*ap.*—Lástima que D. Bernardo se deja frecuentar por él.) (*Va á situarse á la puerta de la mampara*)Ta, Ta, ta, y que rozagante viene el Señor Don Bernardo.... parece un caballero de la Edad media! que apuesto y que marcial!... en vano el fátuo Marqués se empina y se balancea (*ap.*—Mas.... no sè si son mis ojos; pero, el paso de Don Bernardo no parece tan firme ahora.... lo que es su hijo ¡Diablo! que buen muchacho, y que talento....) Vaya aunque Andrés no sea tan bonito de cara, es digno y muy digno de tu mano, Magdalena.
MAGD.—¿No es verdad que si? eso aumenta mi dicha y me permite ofreceros, padre mio....
ESTV.—Unos retoñitos rubitos, coloraditos....
MAGD.—(*ruborizada*)—El hogar mas sereno y mas feliz!
ESTEV.—Amen!.... (*ap.*—¿De qué le sirve al marques

ser tan hermoso y tan ilustre?..) Mis muchachuelos, los literatos, me han hecho hoy la rabona! ah, canallas!..... pero no faltaran esta noche... ya caigo! habrán estado arreglando mi drama para tu teatrito del jardin; ya verás que lindo es tu papel y el de tu amiga la baronesa Estela; tiene dotes mejores que tú para la escena, pero como tú no compone tan lindos romances. Ya llegan.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y DON BERNARDO, ANDRÉS Y EL MARQUÉS,

que saludan sin pedanteria. D. Bernardo viene algo embriagado pero sin que de tal estado deban apercibirse otros que el Marqués y el público. D. Bernardo que comprende su situacion, hace disimulados esfuerzos para ocultarla, consiguiéndolo alguna vez. El rol de Borracho se halla, como se vé, entre lo sublime y lo ridiculo.

ESTEV.—(*estrechándole la mano*)—Mi buen amigo don Bernardo. Ya sabia que no os hariais esperar (*ap.* —Abrasa su mano; la emocion) señor Marqués. Mi querido hijo.

ANDRES—Noble señor (*á Magdalena, bajo*) ¡Luz de mi alma!

MAGD.—(*á Andrés, bajo*) ¡Dulce amor mio! (*siguen hablando bajo—le entrega disimuladamente el romance tapas de seda, que Andrés besa con éstasis y lo oculta. El marqués observará siempre á los dos amantes con celo y despecho.*)

BERN.—(*que ha ido á situarse distante de los demas, cerca de un sillon*) (*ap.*—Mis plantas vacilan....)

MARQ.—(*observándole con aire de triunfo.—ap.*—Consegui al fin que algo bebiera.)

ESTEV.—(*notando la esquivez de D. Bernardo*)—Qué es esto, mi honrado amigo? ¿nos privais, el placer de teneros cerca?

BERN.—(*turbado*)—Tanto honor.... dia feliz. (*ap.*—Quisiera sentarme.)

ESTV.—(*estrañado*)—(*ap.*—Tanto honor, dia feliz.... Pues, señor, no entiendo.) Pero, sentaos todos

(Efectúanlo formando un semi círculo, menos Bernardo, que ocupará el sillon mas inmediato á él. Exhala un profundo suspiro)

BERN.—(*ap.*—¡ Dios me ha oido!)

MARQ.—(*clavando su mirada candente y sombría en Andrés y Magdalena*)—(*ap.* Candidos angeles!)

ESTEV.—Pues, señores, y es á vos, mi honrado amigo don Bernardo, á quien voy á dirigir la pregunta.

BERN.—(*sorprendido, sin entender de lo que se trata*)—A mi.... En efecto.... decís un evangelio, pues nunca.... hablais otra cosa....

ESTEV.—(*ap.*—Este buen tejedor está distraido....pues, la emocion) Se conoce cuanto os abstrae y os impone la solemnidad de este dia, en que vuestro digno hijo va á unirse á mi Magdalena.

El Marquez sonrie como lo haria un demonio, despechado pero con esperanzas de triunfo.)

BERN.—(*confundido*) Si; mi corazon.... amo tanto á Andrés. (*ap.*—Creo haber coordinado bien...)

ESTEV.—Iba, pues, á deciros que tengo manía por las historias.

MAGD.—(*bajo á Andrés*) Contará la de un Juan Servin de Marsella.

ESTEV.—Y la pregunta que iba á haceros, D. Bernardo, versaba sobre una historia, muy curiosa.... hablabamos de ella con Magdalena, momentos antes que entrarais.

BERN —(*luchando—ap.*— Quisiera aire.)

ESTEV.—Y tratándose de un dia tan grande como este ¿ podriais presumir el asunto de la historia ? decid, caballero Andrés.

ANDRÉS.—*(con candidez y entusiasmo)* Sobre un hogar envuelto en calma, bordado de luz, arrullado por las glorias del amor....

ESTEV.—No tal : era un hogar tenebroso, de llanto, que luego fué una tumba.

ANDRÈS—Señor....

ESTEV.—Esta tumba tuvo una llave y un huracan : la desesperacion. Es la historia de un Juan Servin de Marsella.

BERN.—(*parandose inmutado—ap* —¡ Cielos !)

MARQ —(*ap.*— Satanás me ayuda !)

BERN.—(*disimulando*) ¿ De Juan Servin ?....(*ap.*—Qué afrenta ! (*se desploma en el sillon.*)

ESTEV.—Ah ! conociais la historia y, como á mí, os horripila su solo recuerdo. (*ap.*—Seguro : este hombre no ha bebido nunca.)

BERN.—(*como hablando consigo mismo*)—Juan Servin ! ¡ desgraciado !

ESTEV.—Y mucho ! como que fué un borrachon que desbarató toda su fortuna : mas aun, hizo morir á su esposa al dar a luz el primer niño, hijo que se ignora si murió, pues el desgraciado Juan Servin, esa noche fatal del alumbramiento, lo tomó en brazos y desapareció entre la oscuridad, dejando abandonando el cadáver de su esposa.

ANDRÉS—*(indignado)* —Ese hombre era....

BERN.—(*levantandose,—ap.*:—Calla ! calla ! (*Esta esclamacion es dicha con agonia infinita, queriendo paralizar la lengua de su hijo ; al mismo tiempo será*

tan concentrada y apagada, que parecerá mas bien un murmullo.)

ANDRÉS—Era un miserable!

BERN.—(*cayendo desplomado,—ap.*—Hijo mio!—*reaccionando con dolorosa indignacion*) Pero Juan Servin era un hombre honrado, un buen esposo, creedlo. Es cierto que á él le empujó la fatalidad por la pendiente del vicio, justamente hace odioso al que embarduna, pero, hay otros, señor Don Estevan, que cruces ostentan en el pecho, salpicadas con el barro de la crápula y del crimen!

(Sensacion general; se levantan y miran disimuladamente al Marqués, adivinando, pero sin quererlo dar á entender, el objeto de la alucion)

MARQ.—(*ap.*—¡Ira de Dios! *(pausa)*

ESTEV.— Como hombre honrrado que sois y buen cristiano, hoceis de Juan Servin la defensa que yo quisiera hacer, pero.....

BERN.—(*interrumpiendo y hablando como consigo mismo*; Si; era un borracho.... y el vicio todo lo empaña; y el es para él una pendiente resbaladiza por la cual van siempre corriendo confundidos en pedazos: reputacion, honor y hasta el porvenir de los hijos!

ESTEV.—Pues, y por eso mi ódio y desprecio á los borrachos son justos y legítimos.

BERN.—Pero, Juan Servin educó á su hijo, y el hijo de Juan Servin es luz entre caballeros.

ESTEV.—Lo que es eso no decia la historia que yo leí, bien que fue en folle in; pero yo tuve un yerno...

MARQ.—(*despacio á D. Estevan*)—Don Estevan!

ESTEV.—(*despacio—ap*—Diablo! y es verdad que....)

BERN.—(*ensimismado*)—Ah! Juan Servin, en expiacion,

se hubiera precipitado en un torrente la noche que huyó de Marsella, pero llevaba un hijo en sus brazos, y la expiacion fué un juramento solemne de tejer para él una corona de flores! El mundo execra a Juan Servin y olvida á Jaime Bomper.

ESTEV.—¡Que oigo! ¿conoceis á Jaime Bomper?

BERN.—(*respirando*)—(*ap.*—No me han conocido!..)

ESTEV.—(*ap.*—Cuando digo que está distraido.) ¿conoceis á ese ángel de Bomper, señor D. Bernardo?

BERN.—(*con infinita alegria*) (*ap.*—Andrés serás feliz!)

ESTEV.—Pero, hombre.... os preguntaba....

BERN.—Ah! perdonad..... que si conocia á....

ESTEV.—Jaime Bomper....

BERN.—Al buen Jaime!

ESTEV.—Sí, á ese mismo, sí.

BERN.—(*animado*) Al que con su labor y honradez supo crearse una fortuna para sembrar con celo la caridad?

ESTEV—(*sorprendido agradablemente*) Justo!

BERN.—Alma sublimada, que á los pobres hacía ricos, que el libro de Jesucristo á los ricos enseñaba. (*ap.*—creo que he dicho un verso de Andrés.)

ESTEV.—(*ap*—Ha hablado en verso?)

BERN.—(*volviendo en sí*) ¿Que si le conozco?.... No.... tan solo he leido la historia del infeliz Jaime!

ESTEV.—Bomper! Despues de haberos oido hablar le venero con doble motivo ¿quereis saberlo? Mi esposa a él debió la vida!

ANDRÉS—(*á Magdalena*) Venérale yo tambien.

ESTEV.—En un naufragió la salvó.

BERN.—Como que he leido su biografía, tambien conozco ese episodio.

ESTEV. ANDRÉS Y MAGD.—Ah!....

MARQ.—(*con disgusto—ap.*—Mal giro toma el asunto.)

BERN.—Venia vuestra esposa de la Coruña, en el mismo buque que Jaime Bomper y á pocas millas se armó una tempestad.

ESTEV.—Exactamente.

BERN.—Rugiò el trueno envuelto en el huracan; las olas del Oceano se embravecieron; parecia que los líquidos abismos atraian el buque á sus senos amarillentos y profundos.... vino la noche, una noche lóbrega.... habo un momento indescribible.... mezcláronse à los zumbidos del viento gritos desgarradores de agonia.... el buque acababa de estrellarse en una peña!

TODOS—(*menos el marqués*)—¡Oh!

MAGD. ¡Madre mia!

BERN.—Bomper se habia colocado cerca de vuestra esposa, que venia en cinta.

ESTEV.—De Magdalena.

ANDRÉS—(*bajo á Magdalena*)—¡Angel mio!

BERN.—Bomper tenia asida una cajita de alhajas valiosísimas y bastante oro en letras sobre Barcelona, todo fruto de largos años de fatigas; la cajita de Bomper valdria unos ochocientos mil duros.

MARQ.—Buena suma.

BERN.—Cuando el buque se undió en el revuelto oleaje, Bomper ya tenia asegurada con su diestra á vuestra esposa; y entre le empinada cresta de una ola, salió nadando, con el solo esfuerzo de los piés.

TODOS—(*menos el marqués*) ¡Ah!

BERN.—Pero.... los piés de Bomper....

MAGD.—Dios mio!

BERN.—Sí, Magdalena, los piés de Bomper se cansaron.

MAGD. y ANDRÉS—Infeliz!

BERN.—Abandonando á vuestra esposa, Bomper podia disponer de un brazo y salvarse con su tesoro.

ANDRÉS—(*interrumpiendo*)—Pero, Bomper no lo hizo, padre mio, porque de esa suerte habría desmentido todos sus antecedentes.

BERN.—Andres: Bomper arrojó al agua toda su fortuna.

TODOS—(*menos el marqués*) Sublime!

ESTEV.—¿Y sabeis, señores, como pagó mi esposa este inmenso beneficio? En el primer pueblo á donde llegaron con Bomper, diò de su puño y letra un documento á su salvador, por el cual lo hacia dueño de la mitad de mi fortuna, y á mas, cualquiera de sus hijos, si los tenia, podria casarse con cualquiera de mis hijas, con tal que no fuera un inmoral libertino.

MARQ.—Hizo efectivo el documento Jaime Bomper?

BERN.—La historia dice que no.

ESTEV.—En efecto: jamás me fué presentado. (*á Andrés*) Y bien que, si un momento antes de venir vuestro padre à pedirme para vos la mano de Magdalena, se hubiera presentado Bomper reclamándola para un hijo suyo, seguramente no firmariais esta noche los contratos de bodá, señorito Andrés.

ANDRÉS—De otro modo lo ha dispuesto el génio protector de mi ventura.

MAGD.—(*bajo á Andrés*) Y la de tu Magdalena!

ESTEV.—Nos felicitamos de ello, hijo mio.

MARQ.—(*ap.*—Ilusiones!)

BERN.—(*ap.*—Vuelve esta pesadez ardiente!)

ESCENA CUARTA

DICHOS Y MAUVAI, *con una carta que entrega á Don Estevan y vuelve á la puerta, despues de cambiar una seña con el Marqués.*

MARQ —(*ap.*—Bribon, sabré utilizarte.)
ESTEV.—Con vuestro permiso.—(*leé para sí*)
MARQ.—(*ap.*—Que será ello.) (*se levanta con aire distraido y se dirije á la biblioteca.*)
BERN.—(*ap.*—No crei venir à sufrir! Hacia veinte y cinco años, desde que salí de Marsella, teatro de mis vicios, por desgracia, á que no probaba una gota de licor.)
MARQ.—(*pasando disimuladamente cerca de Mauvai*). Dentro de tres horas en mi casa.
MAUV.—(*muy despacio*) No faltaré.
BERN.—(*ap.*—Y he bebido! ¡Animo Bernardo! no te han conocido aun; ánimo! inspírate en el porvenir de tu hijo. (*se sienta afectando firmeza.*)
MARQ—(*Observándole fijamente—ap.*—Lucha! ¡lucha inutilmente!....)
BERN.—(*ap.*—Pero esta niebla espesa y movible que se interpone ante mis ojos....)
MARQ —(*ap.*—Satanas! te pido solo un cuarto de hora!)
ESTEV.—(*al criado*) El coche al punto.

ESCENA QUINTA

DICHOS, *menos* MAUVAI

MARQ.—(*ap.*—Maldita carta!)
BERN.—(*ap.*—Me he salvado!

ESTEV.—(*guardando la carta*)—Pues, señor Don Bernardo: el Notario nos espera para darnos lectura del contrato matrimonial. De paso tomaremos del jardin al padre Ambrosio, que debe velar á los novios en nuestra capilla.

BERN.—(*alegre*)—Partamos, mi buen amigo (*ap.*—Tomaré aire.) ¿La señorita Magdalena no va á arreglarse? Andrés ¿no tomas el sombrero? El señor Marqués nos acompañará como testigo. (*se restrega disimuladamente los ojos.*)

ESTEV.—Perdon: por ahora Vd. y yo somos los únicos, que tenemos que hacer con el notario y mi capellan.

BERN.—No entiendo....

ESTEV.—Los contratos se firmarán esta noche en mis salones, á las once, en la forma y solemnidad que hé dispuesto, y que es todo mi secreto.

BERN.—Callo.

ESTEV.—Mientras tanto, Señor D. Bernardo, mi honrado amigo, nos ocuparemos de las bases.

BERN.—Ya sabeis que....

ESTEV.—Que no teneis fortuna, y que la mia monta á un millon, bien saneado. ¿Y en estos pelillos estamos todavia?

BERN.—Me permitireis entonces, noble amigo, que envie á Magdalena una cajita de ébano, conteniendo un humilde regalo de boda, y que os ruego no abrais hasta el momento de firmarse esta noche los contratos.

ESTEV.—(*alegre*) ¡Que me place! convenido! en la misma forma precisamente iba yo á hacer mi regalo á Andrés....unos papelotes viejos.

BERN.—Papeles tambien es mi regalo.

ESTEV.—Pues marchemos, el coche estará ya listo.

BERN —Permitidme antes (*ap.*—Lo necesito) que os estreche la mano.

ESTEV.—(*acercándosele*)—Con mil amores, amigo mio! —(*se estrechan las manos y Don Bernardo se ase bruscamente del brazo de Don Estevan. Magdalena dá el sombrero á D. Bernardo y Andrés á D. Esvan*) Marqués os dejo; esta noche á las once en mis salones.

MARQ.—(*inclinándose*)—Tendré el honor; no faltaré—(*ap.*—para triunfar!)

BERN.—Andrés, vé á traer la caja que he dejado sobre mi escritorio; es mi regalo.

ESTEV.—(*ap.*—Qué ocurrencia!) Vamos. (*Mutis.*)

ESCENA SESTA

DICHOS; DON ESTEVAN Y DON BERNARDO

ANDRÉS—(*para partir*)—Con permiso....

MAGD.—(*bajo*)—Por el cielo, no tardes! (*Andrés saluda y parte.—ap* —Sola con este hombre!)

MARQ.—(*ap.*—Ellos mismos me la entregan.)

ESCENA SÉTIMA

EL MARQUÉS Y MAGDALENA

MAGD.—(*turbada*) Me permitireis que os lea una página de la preciosa novela la «Virgen de los bosques», que ha sido tan lisonjeramente recibida en Madrid? (*quiere salir por la derecha.*)

MARQ.—(*deteniéndola.—ap.*—Tentemos aun.) Perdonad; despues....

MAGD.—(*insistiendo*)—Si es muy interesante; vereis.

MARQ.—(*deteniéndola*)—Antes oidme; siquiera una palabra sola.

MAGD.—(*atemorizada*—(*ap.*—Cielos!) No alcanzo....

MARQ.—(*con despecho*)—Quereis marcharos, me huis, Señorita de Montalban, y que pronto sereis de Lacroix!

MAGD.—(*confusa*)—No, caballero; iba...

MARQ.—Ibais á dejar solo al Marqués de Saint-Maurice hasta que viniera el tejedor Andrés Lacroix!

MAGD.—Y bien, Marques de Saint-Maurice! No habeis leido completamente mi pensamiento; pero de cualquiera manera, me autorizais para pediros el sentido de vuestro indiscreto parangon.

MARQ.—Protesto, señorita Magdalena, si he podido cometer tamaña falta de respeto á mi persona, comparándome con el poetrasto y el tejedor!

MAGD.—Muy bien, caballero de Saint-Maurice! Dios pone en boca de los que pretenden enaltecerse con la vanidad, una palabra que les recuerde su pequeñez!

MARQ.—Magdalena!

MAGD.—Callad! vuestra lengua empaña mi nombre cuando olvida mi clase y mi apellido!

MARQ.—(*conteniéndose mal*) Ah! es que debí haberos llamado: señora de Lacroix? (*estallando*) ¡Infierno, Magdalena! ¡Infierno es este apellido para mi! Negras horas de rabiosos celos! fiebre! fiebre quemadora, horrible! esto encierra para Saint-Maurice ese apellido de Lacroix!

MAGD.—Andrés es un angel, Marqués, cuyo purísimo aliento es natural os emponzoñe y envenene, pues lo que á Luzbel cegaba era la luz del Cielo.!

MARQ.—Si! porque ese ángel vuestra alma habita, y dora vuestro sueño! Si! desde el fondo de mi despecho he contemplado vuestro cielo, Magdalena, con la mirada candente del infierno! y juré poseerte, hacerte mi esposa ó morir entre las ruedas de mi mismo martirio!

MAGD.—Marques! á Dios solamente debeis dirijir vuestra terrible protesta, porque es Dios quien ha engarzado mi alma al espíritu inmortal de uno de sus ángeles, á Andrés!

MARQ.—Cuando dejasteis mis plegarias caer despiada entre el polvo de vuestras plantas, las dirijí hasta el cielo, y el cielo tambien las rechazó! entònces pedí inspiraciones al averno!....

MAGD.—(*con horror*) ¡Jesus!

MARQ.—Arrastrando mi cadena os he seguido à todas partes, y siempre en vuestros lábios y en el cielo hallé tumba y condenacion!

MAGD.—Es verdad, no pude amaros; el grito de mi conciencia tenaz é inspirada os repelía!

MARQ.—Mi perdicion, mi rabia, mis iras, todo fué obra de vuestro desprecio!

MAGD.—(*con repugnancia*)—Mentira! lo fué de vuestra impureza, lo fuè de vuestra degradacion!

MARQ.—¡Oh!

MAGD.—Cuando de Francia arribasteis á esta corte de España, ya vuestra frente traia el sello de los vicios, el sello de la depravacion y de la crápula!

MARQ.—¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAGD.—Vos queriais poseerme, cuando los saraos y los banquetes habian ya emponzoñado vuestro aliento de impureza y el reflejo de las carpetas del juego siniestramente palidecido vuestra sien! ¡infamia!

infamía se leia en vuestra frente!

MARQ.—Basta! maldicion! Si! jugué y perdi! toda mi fortuna y mi castillo de Marsella fueron á las arcas de los avaros: pensé entónces en vos y me acarició sonriendo vuestro opulento patrimonio.

ESCENA OCTAVA

DICHOS Y ANDRES,

apareciendo en la puerta sin ser sentido. Desde allí, con paso lento, siniestro y convulso se saca un guante, que estruja y hace tiras con frio y reconcentrado furor, hasta el momento de arrojarlo á la cara del Marques.

MAGD.—(*con la explosion del rayo que quiere pulverizar—transicion al mas alto desprecio.*) ¡Oh! ¡Quisiera!....¡Sois un miserable!

MARQ.—¡Oh! despreciadme! ¡Ira de mi! pero la venganza es mia, dulce, sabrosa: Escuchad: la mano del miserable hoy mismo va á precipitaros desde vuestro encantado Eden al infierno horrendo de la deshonra imborrable!

MAGD.—Infame! ¡Dios va á paralizar vuestra lengua y á calcinar con un rayo esa frente de satanàs!

MARQ.—Os engañais, Magdalena! Dios no atará mi lengua para decir al mundo entero, que el padre de vuestro futuro esposo es el borracho de Marsella Juan Servin!!

MAGD.—(*cayendo de rodillas, anonadada*)—¡¡Ah!!

ANDRÉS—(*arrojando certeramente al rostro del Marques las tiras del guante.*) ¡¡Calumniador!! ¡¡Mentís!!

ESCENA NOVENA

DICHOS Y DON BERNARDO

este del brazo de don Estevan. Ambos se detienen sorprendidos y dudosos en el dintel de la puerta.

EST. y BERN.—¡Qué es esto!

MARQ.—(*ap.*—Pobre niño.... ¡le mataré!)

(*Dirá esto: lo primero: impasible, con lástima é ira concentrada á la vez; lo segundo, con sangrienta y segura venganza.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

Un suntuoso y vasto salon en casa de D. Estevan; con escasa iluminacion hasta la escena VI, en que aparecerá alumbrado A GIORNO. Una puerta al fondo, que al abrirse dejará descubrir suntuosas habitaciones preparadas para un gran sarao. Á la izquierda otra puerta mas pequeña, cubierta con cortinas blancas Á la derecha, sobre una tarima con gradería, una mesa de tapete de terciopelo rojo, bordado al frente en oro, un escudo nobiliario: sobre la mesa una escribanía. En las mesas de arrimo gran profusion de flores. No debe faltar una gran araña en el centro del salon.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS Y MAGDALENA,

por el fondo; la puerta se cierra tras ellos.

MAGD.—Mientras llegan los convidados, el cielo nos permite estos momentos de dulce y apacible soledad, querido Andrés.

ANDRÉS—Dulce y apasible, Magdalena! Para esas almas sencillas, a quienes no les es dado leer los signos misteriosos del porvenir, dulce y apacible es la densa calma que precede á la tempestad!

MAGD.—En el alma serena de un poeta debe habitar el espíritu divino, Andrés! á las puertas del abismo

de la duda y de la desesperacion hay dos ángeles que velan: la esperanza y la fé.

ANDRÉS—El cielo ya hace hablar á la esposa por tus lábios. Te amo y te bendigo!

MAGD.—¡Y yo, Andrés, ¡dulce amor mio! ¡Y yo. ¡Por eso quisiera infundirte confianza en la justicia de aquel que ofrece el paraiso à los amantes. Es verdad, esposo mio, que la clave del mundo y de sus pasiones no poseo; pero ese Dios de mi religion me asegura, que la grosera calumnia del Marques no hará nunca nublar esa tu frente inmaculada!

ANDRES—Magdalena! es verdad que en el abismo de la desesperacion se cierne un ángel ¡eres tú!

MAGD.—Ah! Y me has dicho que esquivarias ese duelo con el Marques, que, sin pensar en mi, provocaste esta mañana.

ANDRÉS—(*amargado*)—Oh!..... ¿qué hacer despues de haberle oido? ¿qué hacer?

MAGD.—¿Qué? despreciarle!

ANDRES—¡Y el mundo, Magdalena! y mi nombre, que en breve será tuyo!

MAGD.—(*inspirada*)—Antes que el mundo está la religion, Andrés! antes que la vanidad mezquina, los sublimes afectos del alma! Luego ¿no debo evitarte un remordimiento, Andrés?

ANDRÉS—Bien sabes, Magdalena, que la espada de Saint-Maurice tocaria primero mi pecho, antes que la mia el bolado de su camisa.

MAGD.—Oh! harto lo sé! los ángeles no vuelven al cielo ensangrentadas sus álas, sino empapadas en lágrimas! Pero, de cualquiera manera tu no te perteneces; ya lo he dicho, sobre los compromi-

sos de un falso honor y de un orgullo insensato y carnicero, están tus juramentos de amante, están tus juramentos de esposo!

ANDRÉS—Háblame en otro lenguaje, Magdalena, que me anime y dé valor.

MAGD.—Ah! y mas valor necesitas para matar ó morir que para desesperarme? para desesperarme á mi, Andrés, á quien debes tus inspiraciones de poeta, tus églogas, tus canciones y romances!

ANDRÉS—Es verdad, es verdad, Magdalena; perdoname!

MAGD.—No, no me amas; nunca me amastes con esa abnegacion heróica y sobrehumana de mi amor, cuando prefieres ese fantasma ensangrentado y frío del duelo á la horrible angustia de tu pobre Magdalena!

ANDRÉS—(*con tiernísima súplica*)—Calla! calla!

MAGD.—(*con llanto y desesperacion*)—Y mi cadáver seguiria tu cadaver, y entonces, las lágrimas amargas de dos ancianos calarian nuestra tumba, escribiendo en su yerta loza: ¡parricidas! parricidas! (*esto con horror, cayendo anonadada á los pies de Andres*)

ANDRÉS—¡¡Magdalena!!—(*la levanta, y despues de una lucha interior, terrible, esclama:*)—Bien! no me batiré!

MAGD.—¡Ah! ¡Gracias, cielo!

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y EL MARQUÉS

destacando el rostro entre las cortinas de la puerta de la izquierda

MARQ.—Entónces ¡yo le mataré!

ANDRÉS—Pero, abandonemos este sitio.... el aire del jardin refrescara mi frente. Temo que se presente mi padre con ese miserable marques; no quiero verles juntos. Hoy tuvimos que representar un papel de comedia para ahorrarle al mio y al tuyo la amarga hiel, que mi corazon mataba! Vamos, Magdalena.

MAGD.—Lo que tu quieras amor mio; pero no hablemos mas.

ANDRÉS—(*ap.*—¡ Pluga al cielo !)

MAGD.—(*ap.*—Sus pasos seguiré como una sombra; y no se batirá, no !)—(*Mutis por el fondo—El Marqués ha adelantado un paso, siempre asido convulsivamente de las cortinas; destácase en medio de estas como encuadrado en ellas, y mira alejarse á Andrés y Magdalena*)

ESCENA TERCERA

EL MARQUES; LUEGO MAUVAI

MARQ.—De donde bajaremos ya esposos! asi se lo ha dicho ella.... ¡cándidos vicionarios! otra cosa he dispuesto yo ¡yo, á quien el infierno impele con la fiebre devoradora del ultraje, con la sed de la codicia! Marques de Saint-Maurice! tu sabes vengarte? Sí! sí! La sangre es poco ¡Ah! pero la sangre correrá primero.... sí! matarás! sin conmoverte, con rabia fiera; y dejando á la victima espirante al pié de los balcones de su amada! Oh! Magdalena, la opulenta, la casta, la hermosa Magdalena será tuya? tuya, Saint-Maurice? repitetelo mil veces, que lo oigas bien: ¿tuya?....

¡¡ tuya !! —*(pausa)*—Fiebre ! fiebre ardiente del deseo ! ese ángel, con sus formas, con su aroma, con la armonía de sus álas, te despierta ! ¡ tuya será, Saint-Maurice ! ¡ solamente tuya ! En tu sueño, abrasador, inquieto, has visto ese ángel entre azulados reflejos de diamantes, que te cegaban, que te enloquecian, un rival ! ¡ Andrés ! sì, era Andrés, le has conocido bien, porque tu sangre hervia, amarga y ponzoñosa ! ¡ ah ! ¡ infierno !.... ¿ ¡ Es ese que arrojó á tu rostro los girones de su guante, quien se interpone entre Magdalena y tú, Saint-Maurice ! ? ¡ Pobre criatura ! la punta de tu espada, que no ha errada nunca el pecho de un rival, ya ha decretado el sepulcro para tí, temerario niño !.... Morir tu, tan jóven ! ¡¡ Irrision !! tengo por delante mi despecho, mi venganza, mi fortuna !—*(breve pausa)* La tumba ó la vida ? La condenacion ó la gloria ? ¡ Ah !.... Saint-Maurice, debes elegir ! ¡ Magdalena es la vida, Magdalena es la gloria ! ¡ Siempre Magdalena ! Pues bien ! la sangre, la muerte, el crimen, todo por llegar hasta Magdalena ! ¡¡ Todo Saint-Maurice !!—*(cae en un sillon como cegado; pausa)*—Despierta, vuelve en ti; un dia mas y el dulce y soñado paraiso te abrirá sus puertas !—*(queda vislumbrado encarándose á su ficcion.)*

MAUV.—*(por la izquierda, con gran misterio y sigilo)*—Señor Marques: aqui me teneis.

MARQ.—Cuánto has tardado.

MAUV.—Me encargasteis que....

MARQ.—Bebe ?

MAUV.—Bebe, señor; poco, pero sigue.

MARQ.—(*ap.*—Ah! mia es la victoria!) Y la escala?

MAUV.—Todo está listo para esta madrugada, como me lo ordenaistes. La puerta de la capilla la abriré, como os dije. Ah! han cundido mis voces sobre que Don Bernardo bebe; y Don Estevan las conoce ya, segun convenia.

MARQ.—(*buscando dinero*)—Eres digno de servir á un rey. (*ap.*—Ah! ni bolsillo tengo!) No, una fortuna y honores te he ofrecido; en breve brillaran à tus ojos.

MAUV.—Os juro que sabré ser digno de vuestra munificencia.

MARQ.—Bien, vete; acaso se nos observe. El momento de la ejecucion te lo avisaré.... Entrando por el fondo de la quinta, la primera ventana del segundo pátio ¿no es eso?

MAUV.—Esacto; allí me hallareis, ó en mi lugar un billete con la última ocurrencia.

MARQ.—Bien. Me dijiste que el plan era seguro.

MAUV.—Segurísimo. Ya sabeis que el balcon consabido da al bosquecillo de limoneros. El salon enlutado, que comunica con el departamento de la Señorita Magdalena, no se abre sinó para ir á orar á la capilla de la finada esposa de Don Estevan; pero cuando tal ceremonia tiene lugar, que es anualmente, y en grandes conflictos de familia, se oye el órgano religioso acompañando la grave salmódia del padre Ambrosio, que, como os dije, habita el pabellon del jardin. Sobre todo, nosotros tambien somos dos, prevenidos y armados; y aun nos auxilia la circunstancia de la sorpresa.

MARQ.—(*ap.*—Sí; morirán si es necesario; y dejando á la espalda la frontera de España; un falso ó ver-

dadero matrimonio me pondrá en posesion de Magdalena y sus millones !) ¿ Conoces el cuarto del tesoro ?

MAUV.—¿ Habeis podido dudar ? Qué si le conozco ! tanto, que si no andais tan cuerdo y listo; pero, os he jurado, que vuestro seria todo el botin y mi persona, y Mauvai no faltó nunca á su juramento!

MARQ.—No tendré oro con que pagarte, mi valiente y futuro mayordomo. Vete, pues, exelente Mauvai, que yo paso à ser el copero de ese taciturno de tejedor, que, sin sospecharlo, vá á arrebatar à su hijo la mano y el dote de la bella Magdalena.

MAUV.—Bien indigno de una y otra cosa es el poetilla Andrés.

MARQ.—*(ap.*—Lo que importa por esta noche es impedir el matrimonio; y vive Dios, que lo impediré, por la espada sino por el licor ! ¡ Oh ! antes de rayar el alba será todo tarde para todos.... menos para mi !) ah; estabas aun ? toma.

MAUV.—*(besando la mano que le tiende el marques)*—Beso la mano generosa....

MARQ.—*(ap.*—Que comprará tu silencio con una cuerda.) *(Mauvai hace Mutis; el Marqués dice sombrío)*—El dado está ya tirado sobre este oscuro tapete.... ¿ triunfaré ?.... Saint-Maurice... *(resplandeciente)* triunfarás ! *(mutis por la izquierda.)*

ESCENA CUARTA

DON ESTEVAN—*(por el foro, frotándose alegre las manos.)* Pues, señor, la concurrencia se aumenta; ¡ qué momentos para mi los que van á llegar ! Mi corazon se parece al pájaro escapado de la jaula, que

ha echado á volar por las praderas. No es para menos: Magdalena, mi única hija, la niña de mis ojos và á unirse á un literato! ¿puedo ofrecerla un partido mejor? Aunque el chico no carece de génio, la tontuela le conceptúa autor de esa preciosa novela que todos leemos con frescura: « La virgen de los bosques ». Andrés su autor! que disparate! Tiene algunas páginas elegiacas que hacen olvidar las de Andrés Chernier. Con esa novela probaria un hombre lo bastante, que no ha bebido vino jamás. Diablo! sin embargo, yo hubiera apostado á que su padre, el buen Don Bernardo, estaba esta mañana un poco envinado.... bien que en casa del notario hablò muy cuerdamente. Infames! y andan, no sé quienes, propalando calumnias contra tan honrado sugeto! Mas, á ser cierto que bebe, yo le arrojára de mi casa y Andrés no se uniera á Magdalena; pero imposible.... estoy seguro que son calumnias de Saint-Maurice, cuyo hermano con borracheras matò á mi hija Gertrudis. Este libertino arruinado de Saint-Maurice muestra el sello de Lucifer en el rostro. Ya les dije á Andrés y Magdalena que no debian hacer comedias con él, como esta mañana, cuando volviamos de casa del notario. ¿No tienen ya un teatruelo en el jardin? (*se oyen carcajadas de beodos en direccion á la izquierda*)—Entre esas carcajadas distingo la voz de mi amigo Don Bernardo y la de ese Satanás de Saint-Maurice: cualquiera diría que están borrachos; bien que, la emocion! Este Don Bernardo es hombre muy exelente. Todo este dia le he estrañado, y es que la emocion; y luego, tengamos presente,

que Magdalena es mucha nuera! diablo! cuando vá á los hospitales vuelve sin anillos, ¡ y que ya escribe tambien sus palotadas literarias! loquilla! ha compuesto un romance de tres capitulos para regalarle, sin duda esta noche, à su novio.

ESCENA QUINTA

DON ESTEVAN, Y MAGDALENA,

entrando por el foro

MAGD.—Padre mio!

ESTEV.—¿ Eh?

MAGD.—No falta ya ningun convidado, y... el notario...

ESTEV.—Entiendo. Pero ¿ y mis muchachos los literatuelos esos? ó falta alguno?

MAGD.—Los diez están. Loco le tienen á Andrés con sus madrigales, sonetos....

ESTEV.—Y epitalamos; son unos locos; son mis rayos de sol, Magdalena, que parten de un foco: Magdalena y Andrés.

MAGD.—Padre!

ESTEV.—Bueno; que venga el notario; y tú y Andrés introducid la concurrencia. (*Mutis Magdalena*)—Hija mia! si hubiera alguno que destruyera tu felicidad ¿ qué haria con el infame? ¡ le.... si!... ¡ le odiaria!

ESCENA SESTA

DON ESTEVAN *al pié de la tarima,* MAGDALENA *presidiendo las* DAMAS, ANDRES *presidiendo los* CABALLEROS. *Los* DIEZ LITERATOS *formarán grupo, distinguiéndose por su juventud, largos cabellos, papel doblado en la mano y un pequeño ramo de flores en el ojal*

del frac EL NOTARIO, *que sube la tarima y coloca los contratos y dos cajitas sobre la mesa, permaneciendo en medio de esta Andrés y Magdalena, para lo cual se han desprendido de sus respectivos grupos y tomándose de las manos van á colocarse al lado del Notario, del lado del público. La puerta del foro abierta de par en par, queda completamente libre Se oye distante, dulce y suave, una música de violines, flautas y arpas, desde que Don Estevan concluye su peroracion hasta el final del acto.*

ESTEV.—(*ap.*—Falta Don Bernardo. Ah! comprendo; la modestia; va á leerse su regalo de bodas; vendrá en seguida.) Amigos mios: testigos sois de un acto, de cuya significacion para mi corazon no puede daros sinó una débil muestra las lágrimas que vierto de ternura y felicidad. Va á firmarse la union indisoluble de dos ángeles, que, amigos mios, no han hecho otra cosa en su vida que cernirse en ese piélago de luz que se llama: amor y esperanza. (*Pausa—suaves murmullos de aprobacion.*) Andrés ha soñado con Magdalena, y bien alcanzareis, que la fortuna de esta habrá cruzado en los sueños purísimos del poeta, mas bien que como dorada vision de halagos, como un fantasma importuno, como una nube ante el sol.

LOS LITERATOS—Sí, sì!

ESTEV.—Magdalena, mi pobre Magdalena, es como el ave que viene de azulados horizontes, buscando un nido: el cielo le mostró el alma de un poeta; y la dulce paloma entró allí: vosotros conoceis esta balada del amor de las almas,—(*muda y profunda emocion de ternura y alegría en el auditorio; respeto y solemnidad religiosos*)—no era posible que estos jóvenes viageros de la felicidad y del misterio de los espíritus sublimes, al encontrar-

se, al unirse, fueran sus arras de eterna alianza, el oro ni el diamante. Las arras son un secreto para ellos mismos, y vais á conocerlas; escuchad.

NOTARIO—(*sacando un pergamino de una de las cajitas y leyendo*)—Ejecutoria de Conde de la Torre de Don Estevan de Montalvan.

TODOS.—(*pasmados*)—¡ Conde !

ESTEV.—Tal es el titulo de mi hijo Andrés, si bien le sobrepujará llegando á ser un príncipe en la literatura.

ANDRÉS.—(*tendiendo las manos á Don Estevan*)—¡Padre y señor !

NOTARIO.—(*sacando un libro de la otra cajita y leyendo la primera hoja*)—Andrés Lacroix ofrece á Magdalena su primera novela: « La Virgen de los Bosques.»

TODOS.—¡¡Ah!!—(*con sorpresa suma y alegria. Don Esvan queda mudo de admiracion, llorando y riendo de alegria*)

MAGD.—(*en un rato de entusiasmo estrechandose con Andres*)—¡ Debia ser obra tuya ó del Cielo !

ESTEV.—Hijo ! que venga tu padre á llorar con nosotros! (*El notario da la pluma para firmar á Magdalena.*)

ESCENA SÉTIMA

DICHOS Y EL MARQUÈS

por el foro, trayendo de bracete á D. Bernardo, este completamente ébrio. El Marques le trae hasta el centro de la escena, donde intencionalmente le deja solo y va á colocarse al centro de la puerta del foro, á contemplar triunfante su obra. Bernardo da un traspiés y cae. Atonia general.

TODOS—¡¡Oh!! —(*Esta esclamacion ha sido unrujido sor-*

do en Don Estevan, y un grito desgarrador y apagado en Magdalena, que cae desmayada en brazos de Andres.)

ANDRES—(*ap.*—¡¡¡ Cielos!!!

MARQ.—(*ap.*—Saint-Maurice ! ¡triunfantes!!)

(*Telon rápido*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Dormitorio de D. Bernardo con puerta al foro y á la izquierda. La pieza aparece escasamente amueblada. Don Bernardo, vestido como en el acto anterior, pero en desórden el traje, duerme en el lecho cubierto totalmente por las cortinas. Un velador al lado del lecho; pende del techo una lámpara encendida. La escena aparece un momento sola.

ESCENA PRIMERA

DON BERNARDO Y JACOBO,

trayendo un vaso de agua que coloca en el velador, luego observa á Don Bernardo, sin abrir las cortinas del lecho, y vuelve al centro de la pieza en puntillas.

Mi buen amo D. Bernardo duerme fatigosamente! ¡maldito caballo que le derribó! ¡Ay! ¿pero à quien se le ocurre montar con semejante noche, que parece boca de lobo; y precisamente en la que debia celebrarse el matrimonio del señorito Andrés?.... pues, castigo del cielo. Ahora, hasta que no se reponga de la caida no podrá tener lugar la boda, tan deseada por ese ángel de se-

ñorito, y tambien por Don Bernardo, tal padre de tal hijo. ¡Qué dos corazones! quien no los ama y respeta! Felizmente no está estropeado; así me lo dijo Don Andrés, pues, lo que es verle.... él solo le bajó del coche y le colocó en la cama, ordenándome que nadie penetrára en la casa, á ecepcion del Marqués de Saint-Maurice, á quien deberé, cuanto se anuncie introducirle á presencia del señorito, cuidando de que su padre no se aperciba de ello.... Esto no me lo explico muy bien. Luego, solo para colocar ese vaso de agua se me ha permitido la entrada en este dormitorio.... ¡cosa mas singular! á mi, que diez años hace que sirvo á Don Bernardo. Nada, de todo no comprendo ni esto.... Vamos mas bien á esperar en la porteria al Marques. ¡Qué cara de diablo tiene ese sombrío y amarillento Saint-Maurice! (*escucha sobre las cortinas*) —parece que lo agitára una pesadilla cruelísima. ¡Pobre amo mio! (*mutis por el fondo*.

ESCENA SEGUNDA

BERNARDO, (*que luchando con una horrible pesadilla, se agita convulsivamente*)— ¡Detente, Saint-Maurice! ¡detente!.... (*salta del lecho como persiguiendo un fantasma odioso, y faltándole las fuerzas cae de rodillas en el centro de la habitacion*)— ¡infame, Marques! ¡infame! ¡le has asesinado! (*sale de su delirio, se levanta y coordina sus ideas*) Si.... yo dormia.... este es mi cuarto.... mi lecho.... mi sillon de baqueta.... ¿pero, porqué estoy vestido?.... Este traje de fiesta, si....

pero desgarrado, en desórden mi camisa está.... (*aterrorizado*) ¡ una mancha de rom en la pechera ! ¡ Cielos ! ¡ no ! ¡ ¡ infierno ! ! (*se desploma en el sillon; luego se despierta delirando.*) ¿ Borracho yo ? ja, ja, ja, ja, ! ¿ Matar á Andrés ?.... Yo, su padre, herirle en el corazon, arrebatarle su esposa, sus ilusiones.... ja, ja, ja, ja,.... Yo no estaba borracho ¡ mentira ! no puede ser ! pero, si no puede ser ! ja, ja, ja, ja ! (*Un momento antes se ha puesto en pié, y vuelve á desplomarse en el sillon—pausa.*)

ESCENA TERCERA

BERNARDO Y MAGDALENA

por el fondo, vestida de negro y velo en la cara, que se echa atrás momento despues de entrar.

MAGD.—(*sin ver á D. Bernardo, descubriendose.*) Le despertaré. Es necesario que nada ignore. Andrés ! amor mio ! ¡ todo por ti ! He atravezado mis jardines cuando me creian orando en la capilla de mi madre; recorro una cuadra de oscuridad, llego á las puertas de esta casa, suplico la entrada, se me niega con obstinacion, lloro, invoco hasta una mentira, y al fin consigo llegar hasta aqui. Debo, pues, cumplir mi dolorosa mision ! Mas ¿qué haré ?.... despertarle, esperar.... No, no hay tiempo de esperar ¡ Dios mio !.... me confundo, mi cabeza es un caos donde se entrechocan ideas terribles, masas de sombras, espectros ensangrentados !.... (*Pausa breve. Dá unos pasos, vé á Don Bernardo y se detiene*)—Ah !.... allí esta ! No habrá dormido dos horas.... ¡ padre infeliz !

(*Dan las doce: se contrae violentamente*)—Las doce!.... Me dijo el criado que Andres no habia salido.... el duelo no se efectuará hasta la madrugada.... ¡Dios mio! ¡Dios mio! pero no le matará el Marques, porque sobre la justicia de los hombres está la justicia de Dios!

BERN.—(*levantandose sin ver á Magdalena*)— ¿Matarle? No!.... pesadilla! negra, horrorosa pesadilla... —(*notando en ella*)—¡Magdalena!

MAGD.—Señor!....—(*las lágrimas le impiden continuar: y durante el parlamento siguiente de Don Bernardo revelará las impresiones que le produzca.*)

BERN.—Magdalena, angel de Dios!.... arrojado por mi mano de tu soñado paraiso, vienes a demandarme cuenta de tu felicidad!.... Bien, me resigno: la justicia de Dios reviste en tus ojos la conmovedora forma de las lágrimas para calcinarme!.... Me resigno! soy un infame, un aborto de satanas que los infiernos vomitaron. ¡Dios mio! en la mansion eterna me acosarán sus pálidos espectros, y cuando la gloria del Señor resuene lejana en mis oidos! « maldito! maldito! » me dirán sus acentos desde los abismos de la desesperacion, sus acentos desgarrados!.... (*riendo*)—Oh, oh, oh, oh! yo soy un borracho; mi vicio afrenta y abochorna á mi propio hijo.... y por ella las mujeres visten de luto.... y los ancianos le rechazan, le desprecian.... (*llorando*) Bernardo! Bernardo! los torrentes y los bosques te llaman, no eres digno de habitar sino entre las fieras!—(*muy triste*)— Adios, Andrés! Magdalena, adios! Sed felices!.... No, no me detengais: las fuentes del desierto lavaran mis faltas! adios, Andrés, Mag-

daleua, adios!—(*quiere huir por el fondo y Magdalena en el colmo de la desesperacion, le ase con energía.*)

MAGD —¡Deteneos! ¡deteneos! que va á matar á Andrés! sí, le matará! le matará el infame!—(*Bernardo sufre una gran conmocion y se transforma. Vuelve siempre asido de la nerviosa mano de Magdalena y dice con voz ahogada y terrible.*)

BERN.—¡Quién! decidme quien! ¿un infame? Ah! es el Marques, porque solo el Marqués es un infame!

MAGD.—El es, señor! se han desafiado..... esta madrugada, dentro de muy breves horas se batirán; lo he adivinado, lo sé; si, se batirán!

BERN.—(*con rabia, odio concentrado y entereza*)—Ah! no está satisfecho aun el Marques de Saint-Maurice?! ¿¡Tiene inapagable sed de iniquidades?! á Andrés le lanza en la agonia; y despues de matarle el alma quiere ahora abrirle una sepultura?! ¡ira de Dios! soy yo quien vá á matar á Saint-Maurice! ¡al villano con escudo!

MAGD.—Calmaos, señor!

BERN.—¿Pero cómo ha venido ese duelo? No! no! callad! ya lo adivino! ¡Y un rayo no descendió sobre mi cabeza!

MAGD.—¡Oh, señor Don Bernardo! voy á referiroslo todo, porque no hay momentos que perder.

BERN.—Habla, Magdalena: debo oir resignado mi proceso, devorar en silencio mis sonrojos!

MAGD.—Vuestro proceso, no, señor. El Marques osó manchar mi pensamiento con proposiciones de himeneo....

BERN.—Ah! y rechazaste al libertino, al rufian! Bien, Magdalena!

MAGD.—Entonces me amenazó; y en el momento de presentarse Andrés en la puerta os calumniaba, os llamaba....

BERN.—Dilo, Magdalena; qué puedo ya temer, cuando hace pocas horas....

MAGD.—¡Oh!

BERN.—Cuando ya iba el hijo mio á llamarte esposa ¡oh! ¡oh!

MAGD.—(*ap.*—¡Fatalidad! negra fatalidad!)

BERN.—Qué decia el Marques de Saint-Maurice de Bernardo el Tejedor?

MAGD.—Andrés arrojaba á la cara del Marques los girones de su guante, cuando vos y padre entrabais... y ya sabeis que se fingió un paso de comedia.

BERN.—Andrés, ah! para qué ese espíritu sin sombra y sin iras, arrojára su guante á ese hombre, era necesario que hubiera herido de muerte á su padre, que le hubiera arrancado un pedazo de su honra, Magdalena.

MAGD.—El Marques os calumniaba, sí, de una manera.... que valia mas morir: el Marques aseguraba conocer en vos....

BERN.—(*ap.*—¡Cielos contrarios!)

MAGD.—Al borracho de Marsella, Juan Servin!

BERN.—(*ap.*—¡Dios de mi honra! mentira es vuestra justicia, pues no muero aun! No! que el borracho merece eterna una marca en la frente por cada escándalo! centuplicar su vida para el castigo y la ignominia!

MAGD.—(*ap.*—¡Oh, Dios mio! vuelve á estraviarse su razon, todas mis esperanzas son perdidas!)

BERN.—(*tomando á Magdalena de la mano, conduciéndola á un lado con misterio*)—Dijo el infame que yo era....

MAGD.—Señor....

BERN.—Juan Servin era rico, Magdalena, muy rico: su esposa nadaba en la opulencia, el sol del firmamento irradiaba su sonrisa de venturoso amor, á la vez que las palpitaciones del primer ser que llevaba en sus entrañas irradiaban su alma, cual un otro sol de luz más dulce é intensa.... Y Juan Servin era querido y respetado en Marsella. Pero.... Juan Servin bebió; al principio no llegaba al delirio de la embriaguéz; luego, continuò bebiendo.... ya no en su mesa, ó en casa de un amigo suyo, sino en el café.... del café pasó á la taberna.... ¡á las calles, Magdalena!

MAGD.—¡Dios mio!

BERN.—Si, recorria la gradacion fatal de ese vicio. Juan Servin era honrado; pero, al hacerse borracho, Juan Servin se hizo impio.... Magdalena, compadecedle: ¡¡se hizo infame!!

MAGD.—¡Oh!....

BERN.—Lleno de baba y cardenales, deprimido, amarillento, desencajado y anguloso el rostro, los ojos vidriosos y opacos, desgreñado el cabello, presentábase asi á su esposa, jóven, bella, llena de ilusiones! Píntate, pobre criatura, lo que tu sufririas viendo a Andres....

MAGD.—Callad! oh! callad, por favor!

BERN.—Tal es el abismo de la borrachèz, tal fué el abismo en que cayó Juan Servin! Oye: el rico Juan Servin quedó pobre; le despreciaron sus amigos.... y llegaron á despreciarle tambien hasta los demas borrachos!.... La pobre esposa vivia agonizando. La providencia le concedia un relámpago de existencia por el hijo del borracho que

llevaba en sus entrañas; nació este y ¡pobre compañera mia! Un mes despues habia bajado á la tumba!—(*enjuga una lágrima*)—El Borracho es un maldito; y Juan Servin, empujado por la maldicion de los hombres y de Dios, huyó con su hijo como un condenado, como un réprobo! Atravezaba los desiertos, dormia entre las fieras y aprendió á arrepentirse entre la silenciosa cavidad de los abismos!

MAGD. —Pero, vos no sois Juan Servin, Señor Don Bernardo! vos no podeis ser aquel desgraciado!

BERN.—El Borracho no tiene vergüenza, Magdalena; no se detiene ante el crimen; y el que mató á la esposa infortunada, acaba de dirijir al pecho del hijo.... (*cayendo de rodillas*) ¡Perdòname Magdalena! ¡Yo, yo, yo soy Juan Servin!

MAGD.—(*anonadada*)—(*ap.*—¡Cielos! ¡¡era él!)—(*pausa*) alzad.... la fatalidad es nuestra mortaja!.... No! yo deliro! no puede ser! Andrés no debe morir! Señor!, salvemos a Andrés! ¡al ángel de mis sueños!

BERN.—(*como despertando*)—Qué! ¿Andrés vá a morir? ¿Dices que vá á morir? Angel de tus sueños, le miras! entónces, Magdalena ¡cómo le miraré yo!

MAGD.—Tambien su existencia está ligada á la nuestra; nuestra vida es su vida.

BERN.—Pero yo soy un borracho; Magdalena, soy, pues, un miserable! un sér ponzoñoso, que matará al hijo como mató á la esposa!

MAGD.—¡Oh! volved en vos; pensad en nuestra situacion, señor Don Bernardo!

BERN.—¡Si! eres un angel, angustiada criatura, y sin tu amor el pobre Andrés se morirá

MAGD —El cielo abre siempre una puerta á los desesperados: hay una palabra cristiana que encierra todo el poema de la religion: espera! Esperemos, señor Don Bernardo!

BERN.—¡Esperar! ¡sublime religion! ¿pero puedo yo esperar?....

MAGD.—Oidme: despues de la escena de esta noche y cuando se hubo disipado la concurrencia, pedí á mi padre permiso para recojerme y orar en la capilla de mi perdida madre, porque quería hablaros, Don Bernardo, y despues intentar una conferencia con mi padre. Y le hablaré, sí, y mis lágrimas y angustias ablandarán su alma, naturalmente tierna y generosa, aunque rígida y severa.

BERN.—(*con un resto de esperanza*)—Sí, buena criatura; le hablarás ¿no es verdad? Salvarás á Andrés? Mira: dile á tu padre que so pretesto de un viaje, huiré de aquí para no reaparecer jamás en sus puertas, en ningun palmo de tierra Europea y Española.

MAGD.—Eso es demasiado, imposible; morir os costaria menos! Pero, si, le diré; y despues que me una á Andrés viajaremos todos y entrareis á participar del calor de nuestro hogar. Sí, voy á hablarle; pero, dad òrden, Señor, de que Andrés no salga de casa sin vuestro conocimiento; y que cuando se presente el Marques le arrojen los criados de la puerta.

BERN.—(*con sangrienta alegria*)—(*ap.*— ¡Oh! Dios le traiga aquí!) Bien, Magdalen; y dile tambien á tu padre, que esta misma noche partiré, esta misma noche; pero avísame el resultado de tu entrevista con él; vuelve; te espero. ¡Oh! ¡cielos!—

(asaltado por una idea de salvacion, y que no quiere aun revelar.)

MAGD.—¿Qué os pasa? Dudais! Dudais de Dios!

BERN.—No; es que comprendo que sois dos ángeles á quienes la providencia no ha abandonado. ¡Oh, si! ¡creo en Dios! ¡creo en Dios! Avisame, Magdalena, esta misma noche el resultado de esa conferencia con tu padre, porque aun tengo una esperanza mas.... en la oscuridad de mi aturdimiento, ese rayo divino no habia penetrado mi espíritu! Ve, Magdalena; no te demores; que esta noche es horrible para Andrés, y no sabemos á donde puede conducirle la desesperacion!

MAGD. ¡Oh, Dios poderoso! ¡yo moriria tambien! En persona vendré á avisaros. ¡Dios me guie!

BERN.—Solo él puede salvarnos!

(Magdalena se echa el velo y sale. Bernardo agita con precipitacion y fuerza una campanilla y se arroja abismado en un sillon.)

ESCENA CUARTA

BERNARDO Y JACOBO

que entra con solicitud y se coloca cerca de su amo.

BERN.—Ah, ya estabas aquí, buen Jacobo. Escucha bien y cumple mejor: si el Marques de Saint-Maurice viene, introdúcelo aqui, á mi presencia.

JACOBO.—El señorito Andrés me dijo que.....

BERN.—Lo mando! Y si el señorito Andrés va á salir de casa, le dirás que antes se vea conmigo; á la señora de luto que acaba de salir no demorarla en la puerta.

JACOBO—Cumpliré exactamente.
BERN.—Vete—(*queda abismado.*)
JACOBO—Cosas mas estrañas por una caida de à caballo! (*Mutis.*)

ESCENA QUINTA

BERNARDO

Si, conservo ese precioso documento, por el cual acaso pueda devolver à mi hijo y à la angustiada Magdalena la felicidad que les he arrebatado. Ilusion quizá! Es tan inflexible ese buen viejo de D. Estevan! Conde de la Torre! pertenecia à los grandes de España, y, sin embargo, se nivelaba con el último jornalero, con el mas oscuro artista! Un hombre así iba á ser el segundo padre de Andrés! ¡qué horrores cruzan por mi cabeza! ¡qué áspid se ha clavado aquí en mi corazon!

ESCENA SESTA

BERNARDO Y ANDRÉS

que entra por la izquierda cabizbajo y sombrio

ANDR.—(*como continuando sus pensamientos*)—¿Morir?... La espada de Saint-Maurice no ha errado nunca..... lagrimas de amor y de sangre ¡las primeras! están ya remojando el fúnebre ciprés, que en breve ceñirá la frente del poeta infeliz! Pobre Magdalena! acaso en estos momentos, fiada en mis promesas de no batirme, aun le sonrie la esperanza!.... Imposible, pobre ángel mio! debo

morir ó partir lejos de la Corte!.... Te dejo mi pobre novela la «Virgen de los Bosques», inspirada por santos ensueños: llora sobre sus páginas; el llanto y el dolor seran el lazo de nuestro himeneo de ultratumba!—(*pequeña pausa; llora en silencio*)—Apuremos este cáliz de agonia infinita! ya va á llegar la hora postrera!

BERN.—(*levantándose y huyendo como acosado de un espectro*)—Dejame, espectro infernal!....

ANDRÉS—(*yendo á él*)—Padre!

BERN.—(*dirijiéndose á su pesadilla*)—¡No me maldigas! ¡no me maldigas!

ANDRÉS—(*tendiéndole los brazos*)—¡Padre mio!

BERN—(*cayendo en ellos*)—¡Hijo del alma!

ANDRÉS—(*lloran juntos*)—¡Padre mio!

BERN.—(*desprendiéndose*)—Andrés! yo merezco tu maldicion! te he muerto el alma! ¡maldi....(*cayendo de rodillas y abrazando las de Andrés*)—¡no! ¡no! ¡no me maldigas! ¡no me maldigas!

ANDRÉS—(*levantándole*)—¡Oh! aumentais mi martirio! Vengo solo a pediros que partamos!

BERN.—(*con alegria, estrechando á Andrés*)—¿Partir? ¿Tú, partir, conmigo?

ANDRÉS—Si, señor; es necesario.

BERN.—(*perdiendo de súbito la alegria*)—Es necesario?... tienes razon! el desierto africano.... no, el desierto es horrible! Las selvas vírgenes del Rio de la Plata: allí hay un cielo hermoso, una soledad tranquila, donde no se reciben afrentas, donde el hombre puede esconder un vicio, de esos vicios, que a no existir un hijo, debieran conducir al que lo lleva á la tumba de los lobos y los grajos!

ANDRÈS—¡Oh! no me digais eso padre mio! Quiero vivír, si, vivir para vos solo!

BERN.—Andrés! corazon de poeta! corazon de ángel! Ah! la luz de tu perdon hace mas denso mi remordimiento!....Partir? sí! partamos! No, no! aquí no hay mas que uno que deba partír. Oye: yo partiré por diez años.... ¿me entiendes, hijo mio?

ANDRÉS—¡Oh!

BERN.—Quiero y no puedo hablar mas claro. Partirè; y despues de diez años, volveré a tus brazos....

ANDRES—(*con profunda tristeza y resolucion*)—Donde el padre está de mas debe estarlo el hijo. Partiremos juntos, padre.

BERN.—(*ap.*—Si, es mi hijo! Pero, él es un àngel, y y yo! Ha escrito la «Virgen de los bosques» que el público aclama; su vida conserva la pureza de un lirio, tiene todo el calor de una mañana de primavera; y yo he manchado su vida, he conjelado su sangre!)

ANDRÈS—Disponed la partida, padre, para el rayar el alba.

BERN.—(*con vergúenza*)—Comprendo...—(*ap.*—El sol no debe alumbrar la frente del hijo del borracho.... ¡Hasta el sol arrebatamos á nuestros hijos! ¡maldicion, maldicion!

ANDRÉS—Hasta entonces, os suplico me dejeis solo en mi habitacion.—(*ap.*—El Marques no tardará)

BERN.—(*ap.*—Si, va á batirse.)—bien, hijo; todo lo que quieras.—(*ap*—¡Oh! le mataré yo! ¡si, le mataré!)

ANDRÉS—(*abrazándole*)—Padre!.... hasta el alba.—(*se dan un largo abrazo; se desprenden y vuelven á*

abrazarse, llorando:—Al hacer mutis—ap.—¡Quizás el último abrazo!

ESCENA SÉTIMA

BERNARDO, LUEGO JACOBO

BERND.—(*mirándole alejarse*)—Se despide como para un viaje eterno!.... Dios dirá!—(*escribe en una cartera, que guarda en el velador*)—Magdalena dará con el documento.—(*tira de la campanilla y aparece Jacobo*)—Cuando esa dama de luto vuelva, que lea la cartera que dejo en el velador. Vete (*Jacobo se vá y D. Bernardo respira con mucha fuerza y odio sangriento*)—Ahora puede venir cuando quiera el Señor de Saint-Maurice!— (*al verle aparecer en la puerta del foro, con feroz alegria*)—¡¡Ah! ....

ESCENA OCTAVA

BERNARDO Y EL MARQUES

que adelanta con petulancia, y es detenido por la inesperada presencia de Don Bernardo, cuya mirada es altiva y anonadadora, humillando el orgullo del Marques, sin poderlo este evitar.

MARQ.—(*confuso*)—Vos!.... Yo....

BERN.—(*ap.*—La vileza del crimen turba la osadia!) Y, bien, señor Marques de Saint-Maurice ¿qué significa vuestra presencia en mi casa, á horas tan avanzadas?.... ¿Es que veniais à que continuaramos las libaciones del rom en honor del Dios de los infames?

MARQ—No comprendo, mi buen amigo..... No me es dado haceros la confidencia del desgraciado asunto, que, á mi pesar ¡ oh! si, á mi pesar, ha guiado mis pasos hasto aquí.

BERN.—Asunto que os traiga á mi casa y que á mi no podais revelar, no puede ser sinó una infamia.

MARQ.—Don Bernardo!....

BERN.—Y una infamía tan negra, que tiene el poder de enrojeceros ¡ á vos, Saint-Maurice!

MARQ.—¡ Oh!

BERN.—Por ejemplo: que bajo los volados de una rica camisa de batista, se ocultaran las palpitaciones del pus de un corazon rastrero y ruin; que bajo el guante aristocrático, se contrajera febríscente la mano vil de un asesino!

MARQ.—¡ Oh!

BERN.—En fin; que dentro del Marques de Saint-Maurice, estuviera el villano!

MARQ.—¡ Yo asesino, yo villano!

BERN.—¡ Asesino vil! villano ruin!

MARQ.—(*arrojándole el guante*)—Guante por guante! ¡ à los dos!

BERN.—(*sin levantarlo*)—Guante por guante! Hay solo la diferencia, que el guante de Andrés Lacroix fué arrojado al rostro de un malsin, y que el vuestro, Saint-Maurice, está bajo las plantas de un hombre honrado!

MARQ.—(*ap.*—Contengamosnos; este puede matarme aquì mismo.)—Os perdono por ahora tanto insulto; dentro de dos horas....

BERN.—Ah! despues que mateis al hijo, vendreis por el padre!? No; nos batiremos ahora mismo! sí, ahora mismo, Saint-Maurice!

MARQ —*(confuso—ap.*—¡ Cielos !)—Ahora mismo no es posible. Tengo, en efecto, un duelo con vuestro hijo, precisamente en esta hora....

BERN. —*(saca dos puñales y ofrece uno al Marques, quien lo reusa)*—En un instante despacharemos.... Ah! lo dije: sois un vil asesino!

MARQ.—Basta, traed una espada, un arma de caballero ó la traeré yo.—*(hace un movimiento para salir.)*

BERN.—*(deteniéndole)* Infame! tambien quereis matarme! ¡infame mil veces! ¡villano!

MARQ.—¡¡ Oh !!

BERN.—Rastreramente, para robar la fortuna de Magdalena, que os desprecia como mereceis, habeis muerto moralmente à Andrés, sumiendo al padre en el fango del ridículo y la afrenta? Sí, me llevasteis al banquete, me hicisteis beber.... y me presentasteis así, beodo, ¡beodo! Pero esto no es bastante á vuestra maldad! Quereis asesinar á Andrés! á Andrés, que os arrebataba esa fortuna, objeto de vuestra codicia, estimulada hoy mas por el título de conde de la Torre que iba á condecorar el noble pecho de mi hijo; á Andrés, que os arrebata esa mujer, objeto de vuestras pasiones lúbricas de libertino! Ah! pero, contra vuestras pretensiones, contra vuestras intrigas ruines y perversas, el hijo de Juan Servin vale mas que toda vuestra raza!

MARQ —Juan Servin, el fugado de Marsella.

BERN.—Si, pero que espió bien su vicio, que solo vuestros malvados amaños han intencionalmente hecho aparecer nuevamente en mi rostro! ¡Oh! pero la hora de la venganza y de los culpables ha llegado ¡Magdalena no será vuestra, porque os conoce

como su padre, y como su padre os odia, recordando vuestro libertinaje y las agonias de su hijo bajo el hogar de vuestro hermano, tambien borracho como vos y como vos un malvado!

MARQ.—(*ap.*—Que se desahogue; lo principal es esquivar este duelo.) Quiero olvidar vuestras vejaciones, señor Don Bernardo; y para que rectifiqueis vuestros juicios respecto de mi persona, os prometo olvidar tanto insulto y los jirones de un guante arrojado al rostro del Marques de Saint-Maurice.

BERN.—(*con cierta alegria*)—¿Qué no os batireis con Andrés?.... Bien; idos.

MARQ.—(*ap.*—Escapé; la victoria es mia!)—(*va á salir.*)

BERN.—(*arrepentido, deteniendole precipitadamente*)—No! volved!.... ¡vuestra proposicion no puede encerrar sinó alguna villania, porque vos no sois sinò un villano! ¿Creis que Andrés temblarà delante de vuestro acero? No! que no temblé yo nunca entre el revuelto océano y la tempestad! Pero es que yo quiero evitar que le asesineis! ¿Y mi venganza? Tomad!—(*le arroja uno de los puñales á los piés, que vuelve á rechazar el Marques*) —Defendeos!.... lo rechazaís de miedo! ah! bien lo decia yo: erais un asesino y nada mas!

MARQ.—Mañana; cuando os sereneis; no quiero abusar de vuestra escitacion, justificando asi el denigrante calificativo de asesino que acabais de darme.

BERN.—(*sacudiendole fuertemente*)—¡Ved que os mataré entonces como á un perro!

MARQ.—(*dando voces*)—Dejadme! dejadme!

BERN.—Callad, cobarde! que vendrá Andrés! tomad! defendeos!

MARQ.—(*forcejando*)—Vais à matarme!....

BERN.—(*alzando el puñal sobre el cuello del Marques para herirle*)—¡Muere entonces!....

ESCENA NOVENA

DICHOS, MAGDALENA Y ANDRÉS,

Ambos se presentan simultánea y precipitadamente, Andrés por la izquierda y Magdalena por el foro, obligando á Don Bernardo á soltar los puñales y retroceder abochornado; bajando la cabeza. Magdalena queda en el centro, dominando el grupo. Andrés rodea con el brazo la cintura de su padre, á la vez que este el cuello de Andrés.

MAGD.—(*entrando*)—¡Cielos!

ANDRÉS—(*id*)—¡Padre!

MARQ.—(*ap*—Ellos mismos me dan la victoria con la vida!—(*se vá.—Andrés y Magdalena le miran alejarse con rabia y repugnancia.*)

(*Cuadro*)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Casa de Don Estevan: Un salon totalmente tapizado de terciopelo negro, con un balcon á la derecha, una gran puerta de capilla al fondo, una puerta regular en el testero de la izquierda; esta y el balcon con cortinas tambien de luto; y todo apenas alumbrado por un candelabro de tres luces, colocado encima de una mesa, y en la cual se percibirán los contratos de boda.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA

entrando por la puerta del fondo que apenas abre y vuelve á cerrar: Oculta el velo de la cara y el manto. Trae una esquela de luto en la mano.

Nadie me ha sentido; ni fray Ambrosio, que ignorando los sucesos de esta noche ¡aciaga noche! espera en su cuarto del jardin á que se le llame á esta capilla, para la celebracion de mis bodas. Mis bodas! mis velaciones! Dios mio! ¡todo ha cambiado! En vez de los candelabros de la capilla arde mi pensamiento con la luz de mi dolor! y y por armonias religiosas oigo el acento de mi amargura y el fúnebre adios que acaba de diri-

girme Andrés!—(*besa la carta con ternura y desesperacion, y la guarda en el seno.*)—Partir esta madrugada, dentro de dos horas ¡y para siempre! No! no es posible, yo me moriría! Partir! no! ya que el cielo dirigió mis pasos á aquella casa de desgracias, para evitar ese horrible duelo de puñal contra puñal, y persuadir al malvado Saint-Maurice á que desistiera del desafío con Andrés, ¡como puedo permitir que se ausenten! ¡jamás! ¡qué seria de mi! sin sol! sin aire! ¡porque Andrés es luz y aliento de Magdalena! (*breve pausa*)—Espeso, tenebroso silencio envuelve como en un sudario esta morada de duelo, donde no ha penetrado sino el ataud de mi madre idolatrada, y nuestro llanto sobre sus cenizas venerandas (*cayendo de rodillas*) Madre! madre del alma! haced que estos fúnebres capices no ensordezcan mis ayes! mis ayes, madre mia! los primeros que vienen a juntarse en tiernísima plegaria, con los que he exhalado á tu recuerdo!—(*permanece ahogada en llanto.*)

ESCENA SEGUNDA

MAGDALENA Y DON ESTEVAN,

penetrando este por la izquierda, melancólico y abatido, viendo á Magdalena, pero sin ser visto por ella.

ESTEV.—A eso tambien he venido yo! oremos hija mia! en esta noche deben mezclarse lágrimas con oraciones! La fatalidad implacable turba las alegrias del anciano; la fatalidad, pues, nos reune en este enlutado y fúnebre recinto ¡oremos, Magdalena!—*inclina la cabeza sobre el pecho. Pausa*)

MAGD.—(*levantándose*)—(*ap.*—Volveré á rogarle; se lo diré todo; si, que he comprendido la perversidad de Sanit-Maurice, sus intrigas, sus difamaciones contra Don Bernardo y el móvil que le ha impulsado á afrentar á mi Andrés con la afrenta de su padre. Y si todo esto no basta aun, este pliego (*sacándole de la cintura*), cuyo misterioso contenido ignoro, acaso devuelva á tantos corazones la calma y la dicha! «Entrégalo, me dijo el desgraciado padre, cuando ya no tengais esperanza alguna de vencer su justo enojo!» Y bien ¿No puede venir este pliego impregnado del espíritu de Dios? Quizás! ¡necesito al menos creerlo asi, para que el dolor no me mate! (*llora*) La oracion y el llanto me han devuelto el consuelo y dado nuevas fuerzas para continuar esta via-crucis de amargura. Voy á buscarle—(*da unos pasos para salir*).

ESTV.—(*adelantado*)—Tantos sufrimientos por ese vicio maldito!

MAGD.—(*encontrandose con él*)—Padre!....

ESTEV.—Hija mia!

MAGD.—(*embarazada, oprimida, desgarrada cayendo de rodillas*) Padre! padre! ¡no puedo mas!

ESTEV.—(*violentado, apartando la vista con tortura*)—¡¡Oh!!

MAGD.—Piedad, padre! ten piedad de tu Magdalena!

ESTEV.—Imposible, hija del alma! imposible!.... Oye: acabo de saber por uuestro criado Mauvai la escena, que, como un paso de comedia, presencié esta mañana entre Andrés y Saint-Maurice.

MAGD.—(*indignada y desesperada*)—Saint-Mairece es un bandido, padre! os lo diré todo.

ESTEV.—Lo es, Magdalena; siempre lo he despreciado. Saint-Maurice bebe y se emborracha en los ban-

quetes de su libertinaje, en inmundas saturnales; mi corazon que no ha odiado nunca, odia profundamente al Marques; pero Don Bernardo Lacroix no es el hombre que se estravia una vez por las sugestiones de un demonio con cruces de nobleza que se llama Saint-Maurice; no, pobre Magdalena! Don Bernardo Lacroix es el Borracho de Marsella!

MAGD.—(*ap.*—¡ Lo sabe todo!

ESTV.—Te desgarro! ¿ comprendes que yo sé que te desgarro? ¿ Crees que no sufro ante esa fatalidad impía, que ha venido á enlutar nuestros corazones y el de Andrés, cuando ya el sol de la dicha nos sonreia? ¡ como jamás sonriò á este viejo, despues del dia que encontró una esposa!

MAGD.—Don Bernardo es un hombre honrado y laborioso obrero; y Andrés, padre ¡ es un ángel!

ESTV.—Y ese ángel no tiene hoy cielo que le reciba, y ese obrero honrado y laborioso repetirá una y mil veces la escena oprobiosa de esta noche; y á tus hijos, Magdalena, todas las gentes le llamarán raza de un borracho! (*se aleja*).

MAGD.—(*siguiéndole*)—Os diré todo, padre; oidme: hace un momento que vengo de su casa.

ESTV.— ¡ Magdalena!

MAGD.—(*mirando al cielo tranquila*) Tranquilizaos: el cielo guió mis pasos para evitar un asesinato.

ESTV.—¿ Qué dices?

MAGD.—El marques fué á buscar víctimas; queria matar á Andrés y á Don Bernardo, provocando á este á un nuevo duelo; porque el Marques, padre, quiere mi fortuna, quiere vuestro condado; el infame ha sido más de una vez rechazado por mi con repugnancia!

ESTV.—Lo he advinado! Malvado! ¡¡ Impuro !!

MAGD.—Llegué à la habitacion en momentos de hallarse levantado el puñal de Don Bernardo sobre el Marques, y le he salvado de la muerte, jurándome desistir del duelo con Andrés. Pero, padre .....

ESTEV.—Habla ¿hay mas desgracias?

MAGD.—El destino implacable mas exije: Don Bernardo parte.

ESTEV.—Es lo que le queda que hacer, hija mia.

MAGD.—Y Andrés le acompaña.

ESTEV.—(*conmovido*)—Tambien Andrés?

MAGD.—Dentro de dos horas á lo mas.

ESTEV.—(*ap.*—Y le quiero! le quiero como á un hijo! (*reprimiéndose*) Sujetémonos à la voluntad de Dios!

MAGD.—(*dando el pliego*)—Este pliego me ha dado Don Bernardo para vos.—(*ap.* Es mi última esperanza!)

ESTEV.—(*leyendo estupefacto—ap.*—¡ Cielos!)

MAGD.—(*ap.*—Algo estraordinario contiene ese escrito.

ESTEV.—(*abismado*)—Dios lo quiere!.... hágase su voluntad! Sígueme, Magdalena, al cuarto del padre Ambrosio.

MAGD.—¿ Qué pasa, padre ?

ESTV.—Qué vamos á ejecutar la voluntad divina, Magdalena. Ven; lo sabrás todo.

MAGD.—(*ap.*—Nada leo aun en su rostro: ¡ Dios me conceda su ayuda!

(*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA TERCERA

MAUVAI *entrando por la capilla:*

En vez de escalar el balcon aprovecho la puerta

de este oratorio, que la misma señorita Magdalena me ha dejado franca; lástima qne el marques no pueda entrar por ella, pues si le sintieran! Al fin se han recojido. Toda esta noche he tenido fiebre, y en estos momentos se me abrasa el cerebro. Me alegro que se hayan marchado; de otro modo!... era mucho eso de matar al viejo conde. Han olvidado apagar las luces; mejor, no tropezaremos con un mueble. Mas, volemos de una vez en busca de Saint Maurice, cuya certera espada ya habrá concluido con el poetilla Andrés. Tambien el carruaje estarà listo con dos buenos troncos de caballos. Si, manos á la obra. (*Saca la escala*) La madrugada está tenebrosa y toda la casa yace en profundo silencio. Nada ha dejado de salirle á pedir de boca á ese maldito Marques. (*asegura la escala en el balcon*) La escala es de buena seda. Señorita Magdalena, lo que es sin marido no quedareis.

(*Mutis por el balcon.*)

ESCENA CUARTA

DON ESTEVAN, *por la izquierda.*

Qué sorpresa para ese desgraciado! ¡abismos del Porvenir! Debia yo creer que Magdalena!?..¡oh! me mortifica ceder al destino lo que mi conciencia rechaza; sin embargo ¿qué hacer? es el cielo, es Dios mismo quien entra en estas estrañas y desgarradoras luchas. Si; sobre este punto debo siquiera ser inexorable; él debe partir, y partirá, por cierto; se reformarà, lo espero; se reforma,

y el dolor y la soledad del alma haran su purificacion. No; es necesario que nosotros partamos tambien. Si, no poner mas los pies en esta corte, que apuntará siempre el sello del escàndalo de esta noche en la frente de mis nietos! Mas, no sé, vacilo, me desespero, me aturdo!—(*pausa*)—El no tardará en venir. Convendremos; en fin, de algun modo se remediará esta embarazosa situacion. Ah! él es.

ESCENA QUINTA

DON ESTEVAN Y DON BERNARDO

este por la izquierda, abochornado y dolorido.

ESTEV.—Amigo mio! vuestra mano!—(*besa agradecido la mano de Bernardo.*)

BERN.—(*confundido*)—¿Qué haceis, noble conde?

ESTEV.—Besar la mano del intrépido y generoso salvador de mi esposa, que nos contempla desde el cielo bendiciendo este lazo de gratitud!

BERN.—Ah! es que habeis tenido la bondad de leer? Ya veis, no os pido indulgencia para mí, sino para mi hijo, en estos momentos entregado à todos los horrores de la desesperacion.

ESTEV.—(*ap.*—El padre Ambrosio ha cumplido bien.) Esta noche ha sido un vértigo para todos, Don Bernardo, y no ignorais; que mi hija Magdalena atraviesa la misma situacion que Andrés.

BERN.—Habeis leido....

ESTEV.—Acabo de recibir por ella vuestra sentida epístola: es digna de vos, Don Bernardo, cuyas virtudes, solo la fatalidad pudo venir á eclipsar.

Comprendo vuestra vergüenza, y seguramente, no es para ser yo testigo de ella que os he mandado llamar: á este respecto, estoy tranquilo, pues me conoceis. Es necesario que, como padre y amigo, me ayudeis á conciliar los consejos de mi conciencia con los deseos de mi corazon.

BERN.—Estoy, señor! Comprendiendo eso mismo es que os decia en mi carta, que el sol de mañana no me encontraría ya en esta ciudad de mi afrenta. Pero, por lo que toca à Andrés... vos continuareis siendo su segundo padre; mi bendicion no el abandonará jamás en mi destierro.

ESTV.—¡Oh!

BERN.—Ya veis, hago cuanto es posible en obsequio de su dicha. Me voy; le dejo... ¡acaso no le volverè á estrechar entre mis brazos!

ESTV—Pero, es un sacrificio sin nombre el que os imponeis; yo no quiero consentirlo; hace un momento... pero ahora; vaya, lucho, me atormento. ¡Oh! la causa de todo es ese infame Marques, á quien ódio hoy mas que nunca, porque él es el que ha traido la desolacion à nuestras almas, la angustia á nuestro corazon, el llanto á nuestros ojos!

BERN.—Y la vergüenza á mi frente y á la de mi hijo, ¡Dios! à la de ese noble sèr, que no debe nunca cargar con los vicios de su padre! Nada me digais: he medido el abismo en toda su profundidad: sé que el mundo no debe mirar en los hijos las faltas de sus padres; pero es verdad tambien, y verdad horrible, que el alma de los hijos se desgarra ante las faltas de los que les dieron la existencia. Abarcareis mejor ahora cuanto he sufrido

y cuánto sufro, por él y por mí. Os justifico, amigo mio. Un borracho no sopla sinó tormentas sobre los hogares. La borrachez es la entrada á todo los horrores! su pendiente resbaladiza por el lodo, conduce á los precipicios mas oscuros; y yo, hombre honrado, buen amigo, buen esposo y buen padre, maté, sin embargo, á la que me arrulló con ilusiones de amor y he herido en el rostro á mi hijo con una marca asquerosa! No, no necesitais apoyar vuestra resolucion de rechazarnos de las puertas de vuestra casa, negando á Andrés la mano de Magdalena. Teneis razon! para mi mayor martirio teneis razon!

ESTEV.—(*ap.*—¡Hombre infeliz!)

BERN.—Por eso voy á partir; para siempre, á los desiertos americanos, donde mi nombre no suene en los oidos de los demas hombres, para que ninguno pueda esclamar con desprecio: aquel es Juan Servin, el padre de Andrés, el segundo padre de Magdalena, condesa de la Torre!

ESTEV.—(*ap.*—Aun hay mucho corazon!)

BERN.—Yo no hubiera querido interponer ante vuestra piedad otro título que este sacrificio; pero he visto, que con sobrada justicia no lo podríais aceptar como bastante para la felicidad de Andrés y Magdalena. Entonces, no viendo otro camino; me decidí á enviaros ese documento escrito de puño y letra de vuestra esposa.

ESTEV.—Es la última voluntad de mi llorada Eufrasia. Un momento antes de espirar me lo ratificó «Estevan, me dijo, no nos queda mas que una hija, única heredera de nuestra fortuna y oculta nobleza; no olvides nunca, que si el hijo del verdugo vie-

ue á pedirla en nombre de su padre Jaime Bomper, Magdalena debe ser su esposa. Conozco la historia desgraciada de este hombre sublime, que despues de salvarme la vida á costa de quedar en la miseria junto con su hijo, ha sabido respetarme en la soledad.» Esto me dijo Eufrasia ya espirante, y quiero conciliar su sagrado testamento con el deber qe tengo de velar por el porvenir de mi hija.

BERN.—Estoy dispuesto á todo en obsequio de la suerte de Andrés. Para borrar las huellas de Juan Servin supe merecer el epiteto de Bomper; me será, pues, fácil borrar las de Bernardo Lacroix con un nuevo honroso epiteto. Hablad, amigo mio, hablad; no me es desconocido el camino de la expiacion y de la virtud.

ESTV.—Os creo, Don Bernardo; estoy leyendo vuestra historia de martirio, y mi esposa, que la recibió circunstanciada de vuestra misma boca, habia tenido razon para llamaros como yo os llamo ahora: hombre desgraciado, pero sublime. Bien, Don Bernardo. Me habeis hablado del suelo Americano. Es cierto: allí hay un pedazo de tierra callado y hermoso: la naturaleza se ostenta en él con lozania y esplendor; un eden, en fin: se llama Entre-Rios. Bajo su cielo sereis feliz.

BERN.—(*ap.*—Si dejo á Andrés ¡Qué eden hallaré en la tierra! ¡Qué felicidad!)—Partiré, Señor.—(*ap.*—Andrés, hijo mio! ya no te volveré á abrazar!)

ESTV.—Respecto á la suerte de Andrés.....

BERN.—Si! sepa yo que mi hijo queda feliz! tan solo esto!—(*ap.*—Y aunque muera en seguida!)

ESTV.—Esperad; vais á saberlo. (*Mutis*).

ESCENA SESTA

BERNARDO, DESPUES EL MARQUES Y MAUVAI

BERN.—Incertidumbre aun! ni el consuelo de saber, si el hijo que abandono va á ser víctima de la desesperacion que ya le desgarra! Esperemos!—(*queda abismado en un confidente, medio oculto por las cortinas de la puerta de la capilla. Pausa. Mauvai sube al balcon por la escala.*

MAUV.—Continúa el silencio y la soledad. Mas parece que la puerta de la capilla no la dejé completamente cerrada. ¡Magnífico! es que la paloma que el gavilan de Saint-Maurice viene á robar, acaba de hacer nido en la capilla. Bien! todo se presenta á pedir de boca!—(*ahuecando la voz; al marques*) —Subid, señor..... con entera confianza.

BERN.—(*levantándose y poniéndose á escuchar*)—Esa voz... de ese balcon viene....

MAUV.—Señor de Saint-Maurice, sois ágil y marinero como un gato.

BERN.—¡Cielos! lo comprendo todo muy bien ¡el dedo de Dios le empuja!—(*se oculta en las cortinas.*)

MARQ.—(*ya arriba*)—Casi he caido dos veces.

MAUV.—Silencio. Creo que la señorita se encuentra en la capilla.... allí.

MARQ.—(*adelantando*)—Me han obligado á no batirme, no importa; no me obligarán á devolverles la presa.— (*saca una carta y tira al centro del salon*) —Esta carta indicará al conde Don Estevan el medio de recobrar á su hija. Que me envíe su consentimiento á nuestro enlace y volveremos ya es-

posos. ¡ Bravísimo ! El viejo Conde, buen Mauvai, tragará la píldora.

MAUV.—Sois un génio mas sutil....

BERN.—¡ Miserables !

ESCENA SÉTIMA

DICHOS Y DON ESTEVAN

con dos caballeros por la izquierda. Bernardo se presenta al Marques al mismo tiempo de entrar Don Estevan.

MARQ.—*(al verlos quedando como enclavado—ap.*—¡Traicion ! traicion !)

MAUV.—(*ap.*—Somos perdidos !)

ESTEV.—¿ Qué es esto ?

BERN.—*(adelántandose y designando al marqués)*—Es que el infame ha escalado el balcon. Preguntadle si venia á arrebataros á Magdalena.

ESTEV.—(*ap.*—¡ Ira de Dios !)—(*calmado*)—Y como es natural que el padre saliera a defenderla, el sicario se abriría paso con el puñal.—*(con ira)*—¿ ¡ Me mataria ! ?

MARQ.—(*con acento truncado*)—¡ Oh ! he sido vendido por ese traidor para humillarme ! ?—(*con ferocidad*)—No ! moriré matando !

MAUV.—(*al marques, despacio*)—Yo !

BERN.—Ese es otro malvado, digno de vos ! ¡ Asesino ! el cielo os vuelve á colocar delante de mi !

ESTEV.—Si, el cielo lo trae para humillarle haciéndole presenciar desde el infierno de su despecho la gloria de sus víctimas.—(*á los dos caballeros*)—Amigos mios, el acto que ibais á atestiguar se hace mas

solemne con el castigo de estos miserables. Mirad!—(*Tira de una campanilla, abriéndose á esta señal la puerta de la capilla y escuchándose místicas armonias de himeneo. La capilla aparecerá iluminada y muy ricamente ornamentada.*)

ESCENA OCTÁVA

DICHOS Y ANDRÈS, MAGDALELA Y FRAY AMBROSIO

vestido este de ceremonia como para celebrar. Magdalena vestida de novia, arrodillada con Andrés delante del altar. Esta mutacion tiene lugar en momentos que el sacerdote los bendice.

MARQ.—(*ap.*—¡¡Oh!!

BERN.—(*estupefacto, loco de alegría, llorando, cae lentamente de rodillas ante Don Estevan y le dice:*)—Señor! Son lágrimas de gratitud y arrempetimiento que al borracho purifican, para merecer á esos dos ángeles! Parto feliz! ¡¡Adios!!

ESTEV.—(*alzándole enternecido*)—Partiremos todos al Entre-Rios!

BERN.—(*en el colmo de la alegria*)—¡Sí! todos! todos!

MARQ.—(*sacando una pistola—ap.*—¡¡Infierno!!—(*se supone que se suicida de un tiro en el balcon.*)

TODOS—¡Oh!

ESTEV.—¡Justicia del cielo!

BERN.—(*Corriendo al balcon y contemplando el cadáver*)—¡Dios le perdone! Oremos por él y por el porvenir de nuestros hijos!—(*caen de rodillas. Mauvai*

con miedo y remordimiento cae tambien de rodillas dirijiendo una mirada extraviada al balcon.)

(*Telon lento*)

FIN DEL DRAMA